

CENTENAR Y ESTÁTUA DE O'CONNELL.

Entre los nombres, que es provechoso recordar, á las generaciones, uno de los más gloriosos y más puros es, sin contradicción, el de Daniel O'Connell. Su vida fué ennoblecida con el doble apostolado de la Iglesia y de la patria. Dotado de una elocuencia arrebatadora, sorprendente; político profundo, corazón de oro, en cuerpo de atleta, puso al servicio de la justicia todos los dones con que Dios le había enriquecido. Nada turbó su vivo talento, nada abatió su alma valerosa. De todos nuestros contemporáneos, él, únicamente, ha logrado honrosa popularidad. O'Connell, en suma, fué un *hombre* en la sencillez y sublimidad de la palabra.

Por esto, reproducimos, con verdadero placer, el artículo que le ha consagrado el *Tablet* de Londres, á propósito del CENTENAR DE SU NACIMIENTO. Téngase presente, que este homenaje, tributado al Libertador de Irlanda, se debe á una pluma inglesa.

En el año próximo renacerán algunos recuerdos muy queridos á Irlanda. Las diez décadas transcurridas, desde el nacimiento de O'Connell, en una casa antigua, poco distante de Cahirciveen, llenan uno de los siglos más fértiles en acontecimientos que cuenta la historia del reino vecino. No, desde la época en que apareció el apóstol nacional, no hay, tal vez, otro hombre, cuyos hechos refiera con tanta extensión la historia de Irlanda, y cuyo nombre esté tan profundamente grabado en el corazón de su pueblo. Entre los grandes hombres de Irlanda, no hay sino un O'Connell. Inferior, bajo ciertos aspectos, á sus brillantes compatriotas, ha sobrepujado á todos por sus

actos y los beneficios que hizo á su país; beneficios, que le han valido, por parte de una nación reconocida, el título de Libertador.

Para formarse una idea de la empresa de O'Connell, es necesario echar una mirada sobre la situación en que se hallaban los católicos, no solo en Irlanda, sino también en Inglaterra y en Escocia, en la época en que vino al mundo, en 1775, y cotejarla con su situación presente. Hablaremos, primero, de su condición presente, porque si bien hace veinte y siete años, que nuestro O'Connell ha muerto, en 1843, ni una sola condición material se ha obtenido durante este período, que no derive de las justas satisfacciones, que se deben al gran tribuno irlandés, ó que no derive, al menos, de los principios de reforma en pró de los cuales combatió por tan largo tiempo.

La abolición de la Iglesia, establecida en Irlanda, decretada en 1869, virtualmente la obtuvo O'Connell, cuarenta años hace, cuando el banco episcopal fué reducido en número, y se disminuyeron los diezmos en 23 por ciento, convirtiendo lo restante en renta. La abolición del juramento oficial, tan repugnante de suyo, la admisión de los católicos en la gran Cancillería y en otras posiciones elevadas, de las cuales estaban excluidos, son simples aplicaciones del acta de emancipación arrancada en 1829 por O'Connell.

La reciente y gradual expansión del principio de gobierno local, bajo sus diferentes formas, no es más que el desarrollo del acta de reforma municipal, obtenida en 1840, por O'Connell, quien, en virtud de esta misma acta, fué el primer lord alcalde que tuvo Dublin, después de mas de dos siglos. La

extensión de las franquicias electorales y la reforma del Parlamento, eran dos cosas, ó más bien, dos ideas, fijas en su mente. La corrupción engendrada por el sistema de patronato, excluyendo en una vasta escala á los católicos de los servicios públicos, encontró en O'Connell un enemigo implacable, y vivió el tiempo suficiente para ver establecido el concurso, y suprimida la compra de grados en el ejército.

¿Con qué valentía reveló los abusos del jurado? La injusta, la bárbara ley agraria, fué, por decirlo así, el tema de toda su vida; y muchísimas de sus peticiones, las vemos reproducidas en el acta de 1870, sobre esta materia. Desde el principio de su vida pública, hasta la hora de su muerte, la libertad de enseñanza halló en él el más firme y perseverante de sus defensores laicos. Siguese sus pasos, desde que manifestó la injusticia de la carta de las escuelas y del plan de la sociedad de Kildase Place en 1824, hasta que atacó los colegios de la Reina en 1845, y se verá que nunca cesó de luchar en favor de los derechos de los católicos y por las justas reclamaciones de la Iglesia, relativas á la enseñanza del pueblo.

Pero, por importantes que sean esos diferentes asuntos, la cuestión suprema, después de la libertad religiosa, que absorbió el fin de su carrera, fué la independencia legislativa de Irlanda. Fiel, y consagrado enteramente, ó por principios, ó por política, lo que no nos toca examinar, á una cordial union, entre la Irlanda y la Gran Bretaña, O'Connell, se lisonjaba de mejorar la suerte de su país y comunicar más fuerza á esta union por la revision del acta de 1800. Por desgracia, el hambre de 1846-47 puso un freno á la vigorosa agitación que había provocado; su muerte le dió el golpe de gracia, y la insurrección de 1848 la hizo ridícula.

Durante toda su vida, O'Connell inculcó dos cosas, que nos dan la llave de sus triunfos; la union del clero y de los laicos, y el solo empleo de la fuerza moral, como medio de asegurar el éxito de los derechos del pueblo. Quizá sería más exacto decir, que estas dos lecciones no forman sino una. La máxima de que, ni la Iglesia ni el clero tienen el derecho de intervenir en los asuntos políticos, ó de influir en la opinion pública, era entonces desconocida en Irlanda. El hombre extraño á la Iglesia, ó á la raza ir-

landesa, el aventurero, no hubiera podido tener la temeridad de reclamar la dirección de las masas católicas, ó la de sostener, que sus obispos y su clero debían estar relegados en el santuario, como incapaces de guiarlas en los caminos de la política.

La celebración del centenario de O'Connell, aún cuando no produzca otro resultado, que el de recordar su vida y sus grandes ejemplos, sería siempre un fausto acontecimiento y de la mayor importancia. La Irlanda sufre, en este momento, una transición de sumo interés. Es cierto, que el elemento, que representa la teoría de la revolución por la fuerza material, es rechazado por el buen sentido de la nación; pero, se ve amenazada de un nuevo peligro: una reducida banda de aventureros políticos trata de destruir la influencia del clero, ó de convertir sus miembros en meros agentes electorales. La entusiasta celebración del centenario de O'Connell, hará revivir en el espíritu del pueblo los principios de la asociación católica, de esta asociación, que bajo la dirección del gran jefe, reunió en una sola haz á todos los hijos de San Patricio. A los simples patriotas les recordará los días de M'Flagherty, de Mallow, y de Tara, cuando en 1843, O'Connell era, tal vez, como individuo privado, el más poderoso, que ha visto el imperio británico. Semejante á la de Sanson, la fuerza del emancipador residía únicamente en la union de los prelados, de los sacerdotes y del pueblo.

(TABLET, 3 de Octubre 1874.)

ESTÁTUA DE O'CONNELL.—Los irlandeses han querido inmortalizar el nombre de su emancipador, y en la primavera próxima, se le erigirá una estatua en el centro de Dublin, la metrópoli irlandesa. Una comisión se ocupa ya en organizar esta ceremonia, que debe coincidir con el centésimo aniversario del nacimiento del célebre tribuno. La muerte de Joley, que era el encargado de esculpir la imagen del tribuno, ha interrumpido los trabajos: otra mano terminará la obra del artista, como otra generación acabará la obra del ilustre patriota.

La vida de O'Connell es un vasto drama, que ha durado más de medio siglo, y muchas de sus escenas han sido escritas por grandes escritores. Como en los dramas de Shakes-

peare, nada falta, ni el rumor de las guerras, ni el ruido de las armas, ni el tumulto de las emociones populares, ni el contraste de la sencillez más trivial, con la sublimidad de la elocuencia. En el primer cuadro, nos hallamos en el buque, que transporta los pasajeros de Francia á Inglaterra en la primavera de 1793. Dos jóvenes irlandeses de nacimiento, llamados John y Enrique Sheares, hablan acaloradamente en medio de un grupo. Ambos son ardientes republicanos. John es, desde hace tres años, uno de los concurrentes á la famosa *Theoique* de Moricourt. Y dada la doctrina de esta precursora del Terror, se adivina cuantos progresos ha hecho en la ciencia revolucionaria. Cuenta con orgullo su última hazaña. Para ver más de cerca como caía la cabeza de Luis XVI, tomó el traje nacional; y tuvo la *satisfacción* de empapar su pañuelo en la sangre del tirano. En el momento que se preparaba á enseñar su trofeo, uno de sus oyentes, joven de diez y ocho años, se separó de él con horror. Este joven es un compatriota de los hermanos Sheares; pero no ha salido de la escuela de *Theoique*; ha sido educado por sacerdotes irlandeses de los colegios de Saint Omer y de Donay. Ha visto que sus venerables profesores han venido á ser sospechosos á los pro-cónsules de la Convención, y arrojados de su casa, él mismo se ha visto obligado á huir.

Ese joven era O'Connell. Hé ahí el prólogo del drama. Cinco años, más adelante, los hermanos Sheares perecen en el cadalso, despues de haber ocasionado la servidumbre de Irlanda con su loco patriotismo. Daniel O'Connell se recibió de abogado, y emprendió esa campaña pacífica, al fin de la cual se encuentra la emancipación de los católicos. Acaso fué la vista del pañuelo de John Sheares la que le inspiró la máxima de toda su vida: *No hay revolución política, que valga una gota de sangre humana.*

Coloco la segunda escena en 1824, en el entresuelo de una librería, donde se reunian los principales individuos de la célebre asociación católica. O'Connell habia escrito en los Estatutos, que era necesaria la presencia de diez individuos para celebrar sesión. En las dos sesiones primeras, reunió á sus amigos, y los citó para otro día, vista la falta de asistencia del número tan modesto, fijado por su propio reglamento. A la tercera vez, siete personas, únicamente, habian respondido al llamamiento de O'Connell. Desesperado, se lanza á la tienda, y encuentra dos pobres seminaristas de Maynotts, les hace subir, casi á la fuerza; con ellos completa el número, y empieza la sesión. La asociación, que fundada en 1826, cubria toda la Irlanda como una inmensa red, habia hecho de O'Connell el dictador de su país. Obtenida la emancipación de los católicos, comenzó á influir en favor de su libertad. O'Connell vino á ser el rey de Irlanda, rey por ascendiente moral, respetado por todos, atrayendose á todos, por todos querido.

La fiesta del primer Centenar del gran Libertador, durará tres días, y serán invitados á ella, particularmente, todos los obispos perseguidos, de Alemania, Suiza é Italia, así como los obispos franceses.

Terminaremos, por fin, este artículo, recordando el siguiente sublime rasgo del hombre privilegiado de la Irlanda: O'Connell, el día de su gran triunfo en la Cámara de Inglaterra, en 1829, es decir el día, en que por su elocuencia arrebatadora, obtuvo la supresión de la leyes opresivas para los católicos, habia comulgado por la mañana, y despues, mientras que sus adversarios trataban de destruir el buen efecto de su discurso, se retiró á un ángulo de la sala, y se puso á recitar de rodillas el Santo Rosario.

(Univers, 26 de Octubre 1874.)

CRÓNICA

DE LOS

SUCESOS RELIGIOSOS MÁS IMPORTANTES HASTA EL DÍA.

I.

AMÉRICA.

MATANZA DE LOS JESUITAS EN BUENOS AIRES.

Sabido es, que, despues de una guerra civil de las más encarnizadas, el partido conservador de la república de Buenos Aires, llegó á triunfar de los esfuerzos del partido revolucionario. Uno de los primeros actos del nuevo Gobierno fué, restituir á los Jesuitas los bienes, que los revolucionarios les habian confiscado en nombre de la razon de Estado, cuando estaban en el poder. Esta medida de justicia y de reparación les irritó, y reuniendo en torno suyo á los descontentos de todos los partidos, propalaron, contra el Gobierno, los rumores más malévolos, y le acusaron de dejarse guiar por los sacerdotes y el Arzobispo.

Véase, ahora, lo que, con el epigrafe de *Los desórdenes de Buenos Aires*, publica la *Gazette du Midi*:

«Los periódicos de la América del Sur, llegados últimamente, nos dan noticia de las siguientes terribles y sacrílegas escenas, que acaban de verificarse en Buenos Aires, donde, el populacho amotinado, despues de saquear el palacio arzobispal, ha incendiado la iglesia de Roca, y el colegio de San Salvador, dirigido por los Jesuitas, asesinando é hiriendo gravemente á muchos Padres de la Compañía.

»Las acusaciones lanzadas contra el Arzobispo, el Ilmo. Aneiros, tachado por los revolucionarios de muy favorable á los hijos de San Ignacio, han sido la causa ocasional de estos hechos vandálicos y salvajes. Pocos días antes de que tuvieran lugar, habia dirigido el Prelado una Pastoral al Clero y á los fieles de su diócesis, reivindicando para sí y para sus coadjutores, el derecho de escoger los misioneros que fuesen más de su agrado, lo cual dió margen á que se convocara un *meeting*, el día 28 de Febrero, en el teatro de Variedades, á fin de protestar contra él.

»Véanse los términos en que da cuenta un periódico anti-católico de Buenos Aires, *la Tribuna*, de la agresión salvaje que siguió á este *meeting*:

«Ayer, á la hora convenida, el teatro de Variedades se encontraba literalmente lleno de una multitud inmensa. No se veían más que cabezas, y una masa uniforme, que se agitaba como las olas del mar en un día de borrasca. La música exaltaba á los que no tenían necesidad de estar más exaltados.

«El joven presidente de la comision de los estudiantes fué el primero en tomar la palabra, pronunciando un discurso vehemente y entusiasta, en que protestó, en nombre del pueblo, contra la Pastoral del Arzobispo el Ilmo. Sr. Aneiros. Sus palabras fueron acogidas con aplausos y con los gritos de ¡Viva la república! ¡Mueran los jesuitas!

»Despues de el hablaron los señores Susi-